

El orden de los libros

En 1975, ingresé a trabajar a la Casa Central y tres años más tarde me asignaron la biblioteca de la Escuela. Y entre las cosas que más me llamaron la atención, estaban las carpetas de título de años anteriores a esa fecha, por su enorme tamaño: podían llegar a medir un metro por un metro con diez centímetros de espesor. Algunas tenían tapas de madera y otras de metal o plástico. Las más antiguas se guardaban enrolladas en mangas plásticas depositadas en el subterráneo de la biblioteca, y las más pequeñas, en cambio, ordenadas en cajones. El problema se producía cuando alguien pedía una de las carpetas grandes, porque era muy difícil mover esas moles y sacarlas del subterráneo, al que se accedía por el patio de la escuela, pues no existía la escalera directa.

Los espacios de estudio eran muy pequeños. Una zona importante estaba ocupada por la estantería, que no era de libre acceso para los alumnos como pasa hoy. Para ubicar la existencia de un libro se debía consultar el kárdex, donde estaban organizados por título, autor y materia, pero no podía haber más de dos estudiantes que buscaran a la vez. Así que era muy frecuente que yo los orientara y les facilitara la tarea. Este sistema hacía que la atención fuera más personalizada, dando tiempo de interactuar y sostener conversaciones muy amenas con profesores y alumnos. Pasaban muchas cosas en ese espacio y aprendíamos mutuamente.

En **1980**, recuerdo a unos alumnos que dibujaban a partir de unos libros cuando llegó el profesor Claudio Girola y se acercó para decirles que el croquis debía hacerse del natural, nunca copiado de los libros. También recuerdo a Miguel Eyquem, un gran maestro, quien siempre recurría a mí para que le ubicara libros o artículos de alguna

revista a partir de ciertos rasgos, sin acordarse de los títulos, y yo casi siempre encontraba lo que buscaba. Así me pasó con muchos más. Pienso que al modernizar las bibliotecas se perdió el encanto de compartir. A mí, como bibliotecario, los alumnos siempre me contaban sus alegrías y sus penas.

En este breve recorrido me parece muy importante mencionar a la señora Alejandra Pérez, una erudita, pieza fundamental en los inicios de la biblioteca. Estoy seguro de que muchos la deben recordar.

Guillermo Arancibia Coloma